

Respetadas, respetados discecentes. Jamás, el panorama de la profesión ha sido más brillante. En todas partes el médico está mejor educado y mejor equipado. La enfermedad es comprendida más a fondo, estudiada con más esmero y tratada con mayor destreza. Enfermedades familiares para nuestros abuelos y padres han desaparecido; el índice de mortalidad de otras está cayendo hasta el punto de la desaparición, y las medidas de salud pública y los avances científicos se empeñan en las más pertinaces. Todo ello hace, que nunca antes, el panorama de la profesión haya sido tan brillante. Les toca a ustedes ponerla en práctica. Ello, con la palabra **clave** en medicina.

Esa **palabra** es el ábrete sésamo de todas las puertas; la verdadera piedra filosofal que transmuta el vil metal de la humanidad en oro. El peor formado entre ustedes se hará inteligente, el inteligente brillante y el discente brillante, aplicado. Con la palabra mágica en sus corazones todas las cosas son posibles, y sin ella, todo estudio es vanidad y contrariedad. Los milagros de la vida están en ella; el ciego ve con el tacto, el sordo oye con los ojos y el mudo habla con las manos. Al joven le proporciona esperanza, al de mediana edad confianza y al anciano sosiego. Verdadero bálsamo para las mentes heridas, en su presencia, el corazón del afligido se ilumina y consuela. Esa palabra es responsable directa de todos los avances en la medicina de los últimos veinte siglos. Siguiéndola, Hipócrates hizo, de la observación y de la ciencia, la urdimbre y la trama de nuestro arte. Galeno entendió tan bien su sentido que quince siglos dejaron de pensar, y durmieron hasta que fueron despertados por *De fabrica* de Vesalio, que es la verdadera personificación de la consigna. Con su inspiración, Harvey dio tal impulso a la circulación que aun lo sentimos hoy. Hunter sondó todas sus cimas y valles, y sobresale en nuestra historia como uno de los grandes modelos de su virtud. Con ella, Virchow golpeó la roca, y las aguas del progreso brotaron; mientras que en manos de Pasteur se mostró como un verdadero talismán para abrirnos un cielo nuevo en medicina, y una tierra hasta entonces desconocida en cirugía. Con ese mismo talismán, Osler construyó la medicina que hoy practicamos; Halsted, la cirugía; Cajal, abrió puertas todavía entreabiertas, y Avery propició la eclosión de la biología y de la genética moleculares.

No sólo ha sido ha sido la piedra de toque del progreso, sino la medida del éxito en la vida cotidiana. A nadie más que a ella le debo estar aquí; pues el que se dirige a ustedes, tiene este honor como consecuencia directa de haberla grabado en su corazón cuando era como ustedes. Y la consigna, la palabra clave en medicina es **Trabajo**. Una pequeña palabra, como les he dicho, pero llena de trascendentes consecuencias, si pueden grabarla en sus corazones y ceñirla en sus frentes.

En este punto debemos arriesgarnos a reclamar el ideal ético. El ideal es lo querido; es el riesgo de la voluntad de valor, que es un propósito activo de excelencia. El ideal ético, la voluntad de valor, es la posibilidad de realizar cada cual ese querer, en el ámbito de las relaciones con los demás. La voluntad de valor consiste, precisamente, en rechazar la imagen de un mundo que es irremediablemente lo que es. El mundo no sólo es lo que es, sino también, puesto que la humanidad vive en el, lo que puede ser y lo que debe ser, porque queremos que sea. Se cifra así, en el ideal ético, un rechazo a la indiferencia.

El riesgo busca la diferencia, la distinción. El indiferente, el que no arriesga, es cosa entre las cosas; sabe que de ellas nada puede esperarse, porque todas dan lo mismo. Todo lo opuesto al valor;

aquel que acompañaba los últimos momentos de Macbeth, quién es la intrépida decisión, el riesgo de luchar por las diferencias y no dejarse confinar, en el congelado y repetitivo infierno de lo por siempre igual. Una tarea, hoy heroica.

El héroe no obra por deber, sino porque quiere y puede comprometerse con unas convicciones no siempre generalizables, porque la generalización es el distintivo del monótono deber. Compromiso, sean cuales sean los costes que el mismo tendrá que pagar por ello. La mezcla de conocimiento y de esperanza, es otro signo fundamental del comportamiento heroico. El apostar por la aventura, por una causa que vale por sí misma al margen de sus riesgos, supone dos cosas: conocimiento de lo que uno, el yo individual e irrepetible quiere hacer, y confianza en sí mismo. Del conocimiento y de la autoconfianza, del serse, nacen la fuerza, la seguridad y la estima en sí, que se materializan en otra virtud, increíble en nuestros días: la magnanimidad, la grandeza de espíritu. Arriesguémonos a ensanchar nuestros corazones y nuestras mentes a la tolerancia; mejor aún, al respeto y a la voluntad de cooperación, al margen de la asfixiante burocracia; a potenciar el rechazo a la fascinación tradicional hacia todo poder, que no se base en una autoridad moral diariamente contrastada. Porque lo cierto es que, a veces, parece que nos avergonzamos de la imaginación creadora, de la conciencia de libertad...

¿Todavía están aquí? Acérquense, soñar, estamos en casa de Polonio. ¿Recuerdan?, Hamlet; escena III. Acérquense, repitan conmigo, y procuren imprimir en la memoria estos pocos preceptos:

- . No propalemos nuestros pensamientos ni ejecutemos nada inconveniente.
- . Seamos sencillos, pero en modo alguno vulgares.
- . Los amigos que escojamos y cuya adopción hayamos puesto a prueba, sujetémoslos a nuestras almas con garfios de acero, pero no encallezcamos nuestra mano con agasajos a todo colega recién salido sin plumas del cascarón.
- . Guardémonos de entrar en pendencia; pero una vez en ella, obremos de modo que sea el contrario quién se guarde de nosotros.
- . Prestemos a todos nuestros oídos, pero a pocos nuestra voz.
- . Oigamos las censuras de los demás, pero reservemos nuestro juicio.
- . Que nuestro vestido sea tan costoso como nuestra bolsa nos lo permita, pero sin afectación en la hechura.
- . No pidamos ni demos prestado a nadie, pues el prestar hace perder a un tiempo el dinero y el amigo.
- . Y sobre todo, esto: seamos sinceros con nosotros mismos, y de ello se seguirá, como la noche al día, que no podamos ser falsos con nadie.

Hasta siempre. Que mi bendición haga fructificar en vosotros todo esto.

Paz y bien.

Pedro García Barreno, Junio 2007.